

Los nuevos movimientos sociales y los novísimos

José Taberner

Ninguna manifestación había reunido jamás a tantas personas, en veinticuatro horas, como la del 15 de febrero de 2003. Desde Oceanía hasta América, pasando por Eurasia y África, a medida que el sol avanzaba meridianos, las multitudes reclamaban respeto a la legalidad internacional. En la vieja Europa no se conocía nada parecido desde la derrota nazi; en la nueva España desde el fracaso del 23F. ¿Estuvimos participando en un *novísimo*⁽¹⁾ que marcará un antes y un después?

A la respuesta afirmativa nos inclina la moda postmoderna (valga la paradoja, pues «moderno» viene de «moda»). Nos invita esa moda a la interpretación apocalíptica: colapso del antiguo orden moderno y comienzo de una nueva era. Sin embargo, tal anuncio postmoderno ya nos suena a antiguo, a *déjà vu*, para fastidio de sus *enfants plus terribles*.

En ciencias sociales, lo *post* es ya casi una tradición; hablamos de *sociedad postindustrial* desde hace más de treinta años (Touraine en 1969, Bell en 1973), e incluso de *postsocial* o *posthistórica* (Baudrillard en 1978 y Fukuyama en 1989); o más aún, se le da nombre propio y contenido a la sociedad mutante, dando el asunto por zanjado: la *sociedad informacional* de nuestro Manuel Castells, que retoma una expresión ya empleada por Marc Porat en 1978.

Pues bien, en tan diversa gama de simpatizantes de lo *post* apenas hay discrepancia en cuanto a considerar a los nuevos movimientos sociales (NMS) como fenómeno que anuncia el fin de una era y el comien-

zo de otra. Aunque surgen algunas preguntas: ¿por qué les llaman *nuevos*?, ¿acaso la categoría sociológica de «movimiento social» no es suficientemente amplia para incluirlos?; y a los movimientos en la estela de 2003 ¿habremos de llamarles con otro nombre a fuer de novísimos? A resolver tales enigmas, más allá de meras aclaraciones terminológicas, nos vamos a aplicar por amable invitación del consejo redactor de **INETemas**.

La aparición del Foro Social Mundial en Porto Alegre no fue una creación *ex nihilo*, sino que fue precedida por múltiples y prolongados esfuerzos e iniciativas

Movimientos Sociales

Por tales movimientos entienden los sociólogos *colectividades que actúan con cierta continuidad para promover o resistir algún cambio social*.

Entendamos, pues, lo que ocurrió el 15F, y sábados siguientes, sólo como una movilización, y no como un movimiento social si tales masas no siguen actuando en el futuro. En cambio sí articula un muy reciente movimiento social organizado un ente que convocó las manifestaciones, el Foro Social Mundial, que preexistía a ellas y pervive felizmente.

(1) Término apocalíptico de la tradición católica, en la que los cuatro novísimos son: muerte, juicio, infierno y gloria.

De por sí, los movimientos pueden ser modernizadores o reaccionarios (recordemos el Movimiento Nacional, de infausta memoria, o el antimodernismo del XIX). Como grandes movimientos constructores de la modernidad ilustrada, y de sus prolongaciones, suelen citarse el movimiento liberal-democrático y el movimiento obrero; ambos con múltiples ramas e incluso proyectos históricos comunes, como el del periodo keynesiano de la postguerra europea.

El nacionalismo también se menciona en cuanto impulsor del estado-nación moderno, frente al Antiguo Régimen; pero eso sólo en cuanto vehículo del liberalismo democrático (nacionalismo republicano), pues los nacionalismos étnicos tienen un ojo puesto en la sangre o la cultura patria de los ancestros, y la mano en una férula excluyente que casa mal con el universalismo democrático. Si excluimos al fascismo, nacionalista por antonomasia, lo que suelen darse son mezclas de ambos tipos en variada proporción.

Las grandes movilizaciones comenzaron a vertebrarse en torno a tres movimientos: ecologismo, feminismo, y pacifismo y solidaridad

Otro gran movimiento -modernista sin reparos, aunque silenciado por la ideología patriarcal- es el feminismo. Las sufragistas decimonónicas primero y las feministas de la igualdad después promovieron *liberté, égalité et fraternité* para la inmensa mitad no tenida en cuenta por los modernizadores. Discrepamos, pues, de quienes sólo incluyen al feminismo entre los movimientos nuevos. Recuérdese que Olimpia de Gouges, autora de *Los Derechos de la Mujer y de la Ciudadana*, cayó bajo la guillotina de los jacobinos; y que tal impulso continuó y se extendió transversalmente por las militancias femeninas de otros movimientos: Rosa Luxemburgo, Alexandra Kolontai o nuestra Federica Montseny dan fe de esa continuidad. Pero insistimos ¿por qué llaman «nuevos» al feminismo y otros movimientos que arrancan de los 70?

Los nuevos

De «centauros sociales» –especie frágil y casi monstruosa, mezcla de actores e ideología del pasado y del futuro- los calificó Alain Tourain hace años. Han llegado a considerarlos «anomalías» para la «ciencia normal» sociológica, siguiendo la terminología de Kuhn; lo que revela cuán difícil resulta su estudio.

Si se les entiende de forma fragmentaria, al uso postmoderno, aparecen listas heteróclitas como ésta: feminismo, gays, movimientos ciudadanos, luchas ecológicas, fundamentalismos religiosos, nacionalismos, consumidores y usuarios, movimientos contraculturales, etc. Su principal defecto es meter en el mismo saco a movimientos actuales de corte antiguo (fundamentalismo, nacionalismo) con los alternativos, con los que promueven una reorganización del orden moderno prevaleciente en pro de mayor equidad y solidaridad, de nuevos valores postmateriales (legalidad internacionalizada, ecología, desarrollo sustentable, identidad sexual...).

Evitando una visión fragmentaria, los NMS se definen como *federación de movimientos (algunos de ellos monotemáticos) que articulan el nivel de interacción que encuentran justificable, sosteniéndose mutuamente en muchas cuestiones pero no en todas* (Galtung).

Esta definición tiene la gran virtud de aclarar que de la maraña de nuevos movimientos sociales, surgidos en los setenta en Occidente, emerge una «federación» de los más significativos. Las grandes movilizaciones comenzaron a vertebrarse en torno a *tres movimientos-guía* conflictivos con el orden vigente y bien avenidos entre sí, a saber: a) ecologismo, b) feminismo, c) pacifismo y solidaridad con los países menos desarrollados. La buena avenencia surgía del convencimiento teórico de que el poder patriarcal, militar y económico calzaban con la misma horma; y de la práctica, del apoyo mutuo y las acciones conjuntas.

La extracción social y características de sus militantes, sus formas de actuación colectiva, su ideario, valores y objetivos, los distinguen de los movimientos modernos clásicos; la ausencia de líderes carismáticos o intelectuales claros que sirvan de aglutinante les diferencian también de ciertos movimientos de los 60 que fueron su preludeo. Los movimientos estudiantiles de

aquellos años tenían figuras emblemáticas (Danny Cohn Bendit, Rudi Dutchke), como también el movimiento de derechos civiles en EE.UU. (Luther King), o la Nueva Izquierda (las tres M: Marx, Mao, Marcuse); y en cuanto al movimiento feminista de la época, señalemos que «su parte más visible» no se había inclinado aún desde el tradicional feminismo de la igualdad hacia el nuevo feminismo de la diferencia de los 70.

Desde su arranque, los NMS desconfían de la política convencional, aunque se hayan articulado partidos verdes sobre la base del ecopacifismo feminista; a ello se une la continua búsqueda de nuevas formas de acción y participación. Donde existe tal partido, éste no ha absorbido o desmantelado a los movimientos, sino que más bien

movimiento Chipco en las montañas de Himalaya, de los seringueiros en Acre, o la muerte de Chico Mendes en Brasil. Una historia oculta, por cierto, en la que el papel de las mujeres está siendo más que notable; y es que otro tanto podríamos decir del feminismo no occidental, del que entresacamos la figura ecofeminista de

Los nuevos movimientos sociales han adaptado su estructura a la forma de red y han construido la telaraña del Foro Social Mundial



se nutre de ellos y depende de su vigor. El pacifismo europeo vivió una edad de oro al final de la Guerra Fría, en la fase del despliegue de misiles sobre el continente. Terminada ésta, fue poco a poco sustituido por la eclosión de ONGs humanitarias y de cooperación internacional para el desarrollo de los PMD [Países Menos Desarrollados]. Resurgió el pacifismo durante la primera edición del conflicto del Golfo Pérsico y ha alcanzado su cénit en la segunda.

Hasta aquí hemos contado la historia de los MS y NMS desde la óptica etnocéntrica occidental, ignorando los que se producen en los países periféricos del Sistema Mundo. Pero hay toda una historia socioecológica por escribir que debiera contarnos más a menudo los esfuerzos colectivos de los desheredados de la modernización industrial que luchan para no sufrir sus consecuencias indeseables, para mantener el control de sus recursos. Son quienes reivindican no ser expulsados de sus campos en el Valle de Narmada (India), o detener los relaves mineros y fundiciones del Valle de Montauro (Perú), la lucha del

Vandama Shiva en la India por no alargar nuestra relación.

El convencimiento del carácter global de los problemas ecológicos, la búsqueda de modelos de sustentabilidad, y la actuación específica con grupos de mujeres en los programas internacionales de desarrollo, hizo que los contactos entre NMS de Centro y Periferia se fueran estrechando los últimos años del Siglo XX. La aparición del Foro Social Mundial en Porto Alegre, el año 2001, mediante una feliz iniciativa, no fue, pues, una creación *ex nihilo*, sino que fue precedida por múltiples y prolongados esfuerzos e iniciativas.

¿Novísimos?

Frente al conocido adagio ecologista «pensar globalmente y actuar localmente», James O'Connor proponía en los noventa «actuar y pensar global y localmente», para construir un movimiento alternativo planetario constituido por los NMS y la izquierda anticapitalista. Este clamor de los noventa

cristaliza en la fundación del FSM que Ignacio Ramonet, participe de ella, califica de «Organización Mundial de los Movimientos Sociales» en esta misma revista.

Aun huyendo de expresiones apocalípticas sobre el fin de un mundo y el comienzo de otro, nos podemos preguntar si hemos alcanzado un punto de no retorno, y si nos encontramos ante un cambio decisivo absolutamente nuevo. Puede que sí, pero los sociólogos ya están escarmentados respecto a las profecías. Incluso tienen constatación de que su expresión pública unas veces surte

A corto plazo está garantizada la convergencia de ambas corrientes en contra del neoliberalismo exigiendo medidas reguladoras inmediatas de las condiciones laborales, del intercambio desigual, de peligros medioambientales, de la actividad militar y armamentística... Pero, a la larga, si no se reconstruye continuamente esa convergencia podría disiparse. ¿Se mantendrá el equilibrio? ¿Ganará fuerza la opción anticapitalista? ¿Volverá a hacer las paces con el capitalismo la opción socialdemócrata en cuanto se corrijan algunos excesos?

De momento las movilizaciones van a decaer si no reaparecen –los dioses no lo quieren– acontecimientos tan escandalosos como el último, la invasión a Irak en base a su presunta posesión y distribución internacional de armas letales masivas.

Para ir cerrando el tema, digamos que los NMS han adaptado su estructura a la forma de red y han construido la telaraña mundial del FSM (con soporte informático incluido). Sin embargo, más que un cambio drástico en la estructura y funciones de los NMS, lo que ha habido es un cambio en el grado de articulación y respuesta global. La capacidad de transformación alternativa de la política y de la sociedad, que esperanzados le suponemos, está aún por ver, pese a tan prometedores comienzos.

Y terminaremos con una conclusión filosófica. El carácter de novísimo del momento actual, que marca el fin de un mundo y la aurora de otro, por ahora no es sino una reedición de la ya cansina metáfora postmoderna. La pretensión de que los derechos civiles, políticos y económico-sociales –no etnocéntricos y participativamente consensuados– se extiendan globalmente, eso no es una ruptura con la modernidad sino una profundización de ella, como diría Habermas. El añadir a la lista además los derechos postmateriales, o de tercera generación, es un progreso adicional, supone una ampliación del proyecto neoilustrado.

José Taberner Guasp es Profesor Titular de Sociología de la Universidad de Córdoba y miembro del Instituto de Sociología y Estudios Campesinos (ISEC).

Los nuevos movimientos sociales desconfían de la política convencional, aunque se hayan articulado partidos verdes sobre la base del ecopacifismo feminista

efectos –deseados o no– conducentes a su negación, y otras a su sobrecumplimiento. (Recuérdese la famosa profecía de Marx, o lo que ocurre con ciertos pronósticos electorales).

Lo que sí podemos afirmar es que por fin se plantea una alternativa coordinada a la globalización del neoliberalismo, a la desregulación internacional de la nueva economía en red y al imperialismo militar. En ese sentido el 15F fue una demostración de la capacidad de respuesta ciudadana, arguyendo en la calle frente al *Pensamiento Único* que *Otro Mundo es Posible*.

Sin embargo, como señalan un grupo de intelectuales en el Segundo Foro (Samir Amin et al.), hay dos proyectos frente al neoliberalismo, y ambos se han dejado oír en Porto Alegre:

1) El *neokeynesiano*, que busca sujetar la economía de mercado capitalista a reglas que restauren los derechos sociales (es propio de partidos, sindicatos y movimientos próximos a la socialdemocracia).

2) El *postcapitalista*, que pretende sustituir la lógica del lucro y del mercado por la de las necesidades humanas, reemplazando al capitalismo.